

## LA CRÓNICA

Hasta 1990, Lluís Prenafeta fue el hombre de otro hombre, última muñeca de la *matruschka* del poder catalán. A partir de ese año dejó de ser el hombre de otro hombre, aunque él siguió pensando que lo era. Ahora, recién salido de declarar por el caso *De la Rosa* y próxima su declaración por el caso *Casinos*, recupera su antigua otredad.

## Un secreto que anda vacilante

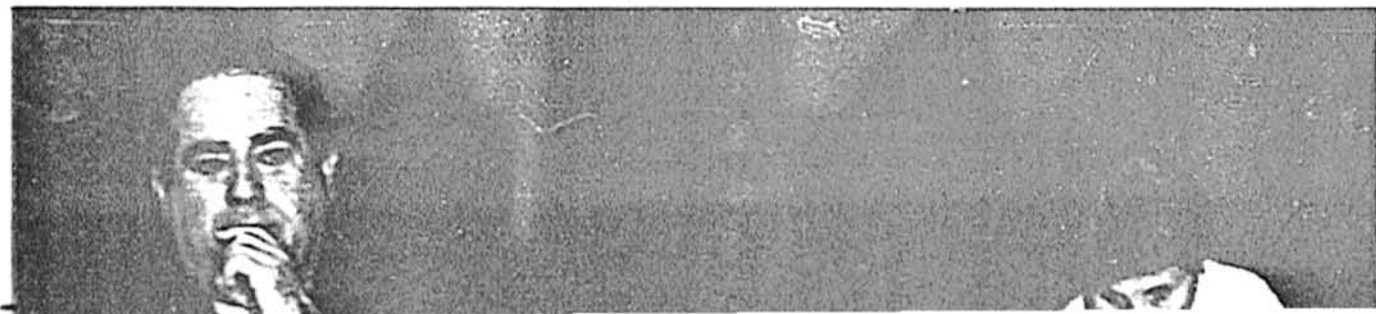
ARCADI ESPADA

Le dijeron (y en buena, mucha parte, se lo dijimos nosotros, se lo dijo el periodismo): "Prenafeta, usted es el Richelieu, y es Mazariño, y es usted el Fouché y el Maquiavelo, y el conde duque, el de Olivares, es usted, y usted perdone". Unos seis años, a partir de 1980, tardó en creérselo. Pero cuando se lo creyó, se lo creyó hasta el fondo. Hasta ese momento, Lluís Prenafeta i Garrusta, hombre duro y curtido, muy curtido, viajero y sentimental, había limitado su ambición a ser el hombre de otro hombre, la última muñeca rusa de la gran muñeca. Levantaba el teléfono, decía: "Soy Lluís Prenafeta", el otro entendía otro nombre y contestaba en consecuencia y, una vez la gestión tramitada, Lluís Prenafeta colgaba el teléfono con una punta de melancolía, pero con una visión absolutamente precisa de la realidad.

Con los periodistas fue durante muchos años *la fuente*. Una mentalidad muy ceñida de comerciante le llevaba a administrar con mucho celo las informaciones que suministraba en los bisbiseos inolvidables que mantenía arriba y abajo del Pati dels Tarongers o en los pasillos vacíos de la alta noche de hotel, en mil hote-

les del mundo, en aquellos viajes presidenciales de los primeros tiempos de la autonomía, tan llenos de tiempos muertos, y en los que la señora Marta Ferrusola fácilmente encontraba hueco para ir a comprar semillas raras. Hasta tal punto administraba Lluís Prenafeta: las informaciones que el relato autonómico del 23-F yo creo que llegó a durarle años. Cada año un poquito más, hasta que llegamos a Pascual Galmés y todo todo se acabó. Naturalmente, los periodistas no olvidaban que *la fuente* sólo era afluente. Él tampoco, hasta que lo olvidó. Un día de 1990, Pujol recordó que los secretarios administran la gloria de otros. Entonces lo echó.

Nadie crea, sin embargo, que en 1990 Lluís Prenafeta dejó de creerse el hombre de otro hombre. Ni pensarlo. En aquella época tenía muchos motivos para el desvario, pero a ese desvario no llegó. Simplemente se dispuso a vivir en un régimen autonómico. Cuando pronunció la frase memorable "no voy a parar hasta ver al conde de Godó pidiendo limosna en la calle de Pelai", nadie pudo creer que sus palabras fueran otra cosa que el instrumento que adoptaba un deseo de venganza muy profundo y muy complejo, un sentimiento muy extendido y muy compartido en el magma pujolista. Prenafeta culpaba al conde de Godó de haber alentado las informaciones periodísticas sobre sus negocios privados, unas informaciones que habían provocado, al cabo, su marcha de la Generalitat. Y puso en marcha *El Observador*. Es verdad: el proyecto de *El Observador* pudo llevarse a cabo porque Lluís Prenafeta i Garrusta se creyó de pronto un magnate. (Hasta que descubrió con pasmo que sus hipotéticos negocios rusos



"antigua otredad.

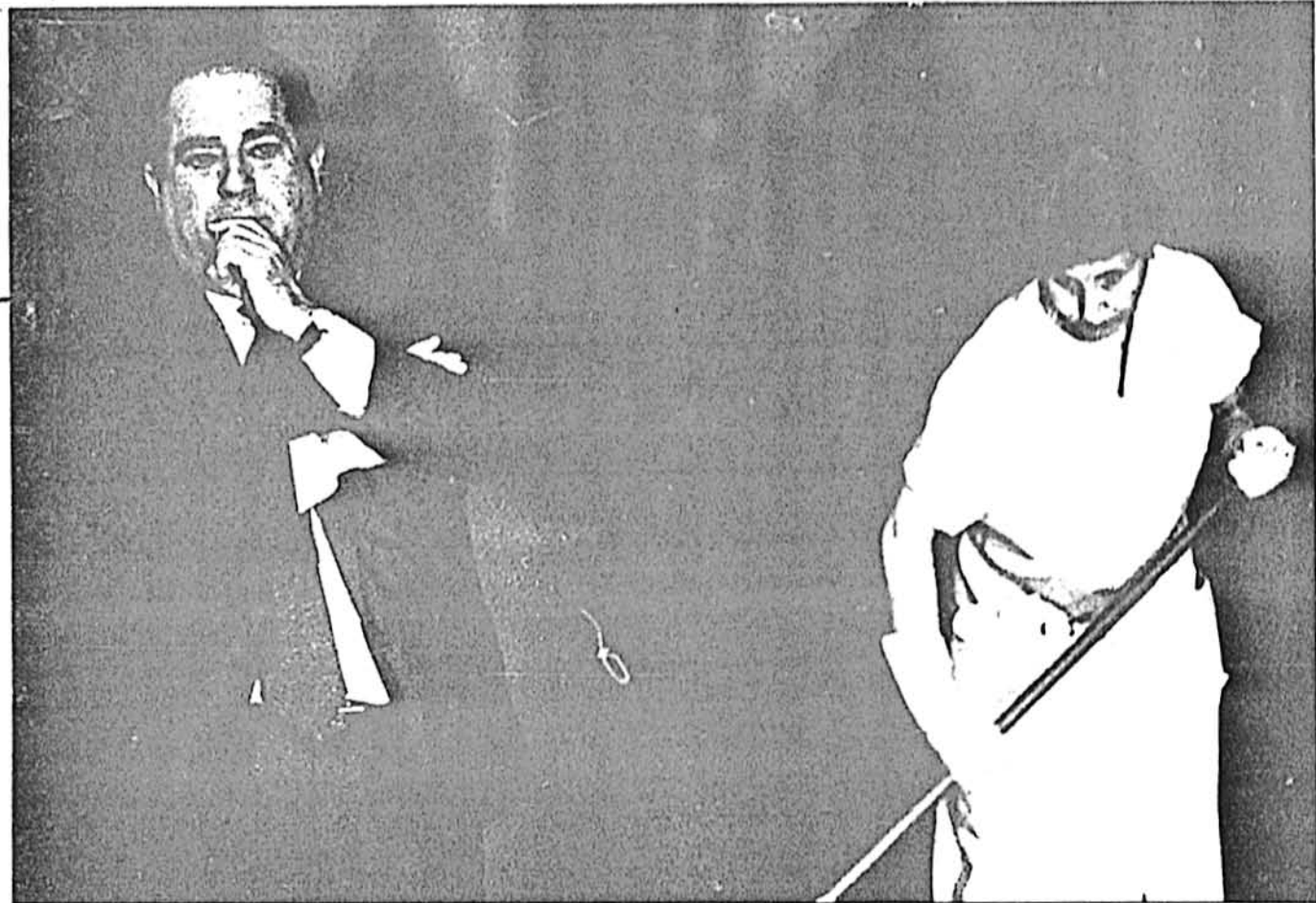
VACACIONES

ARCADI ESPADA

cedencia de comerciante le llevaba a administrar con mucho celo las informaciones que suministraba en los bisbisos inolvidables que mantenía arriba y abajo del Pati dels Tarongers o en los pasillos vacíos de la alta noche de hotel, en mil hote-

autónomo. Cuando pronunció la frase memorable "no voy a parar hasta ver al conde de Godó pidiendo limosna en la calle de Pelai", nadie pudo creer que sus palabras fueran otra cosa que el instrumento que adoptaba un deseo de venganza muy profundo y muy complejo, un sentimiento muy extendido y muy compartido en el magma pujolista. Prenafeta culpaba al conde de Godó de haber alentado las informaciones periodísticas sobre sus negocios privados, unas informaciones que habían provocado, al cabo, su marcha de la Generalitat. Y puso en marcha *El Observador*. Es verdad: el proyecto de *El Observador* pudo llevarse a cabo porque Lluís Prenafeta i Garrusta se creyó de pronto un magnate. (Hasta que descubrió con pasmo que sus hipotéticos negocios rusos no eran más que una burda estafa en la que había caído). Pero el magnate contaba también con aquellas palabras que creyó haber oído de Pujol: "Tú tira adelante y no sufras, que aquí estaré yo". Contaba con el magma.

Bien: en términos capitalistas, Lluís Prenafeta es hoy un hombre arruinado. Esas ruinas relativas... Con otra casa y otro coche, sin embargo. Peores. Un hombre que salió del juzgado el otro día como inculcado en el caso *De la Rosa* y que volverá a declarar el martes como inculcado en el caso *Casinos*. Un hombre que metió en *El Observador* su último duro propio, porque el orgullo y el fracaso nublan con frecuencia la mirada. Un hombre que estos días vuelve a ser recibido por el presidente de la Generalitat después que en los últimos tiempos sus relaciones entraran en una cierta glaciación. Un hombre que, a la vera del juzgado, ha vuelto a descubrir que siempre fue el hombre de otro hombre. Y que quiere recordarlo. De ahí las visitas. De ahí, también, que se avengan a recibirle para recordarle, mientras le prometen toda la ayuda, que *secretario* viene de *secreto*.



Lluís Prenafeta, en 1991.

TEJERAS